

LA MAGNANIMIDAD

La magnanimidad es la virtud que *"inclina a emprender obras grandes, espléndidas y dignas de honor en todo género de virtudes"*.⁽¹⁾

La magnanimidad implica grandeza de alma y empuja siempre a lo grande, a lo espléndido, y es incompatible con la mediocridad. Se refiere sólo a las grandes ideas, a las grandes empresas, porque supone siempre *lo grande*. Es la virtud que implica grandeza de espíritu, anchura y altura de miras, nobleza de carácter, fortaleza para resistir las contrariedades y valentía para enfrentar los riesgos.

"La magnanimidad es la característica de las almas superiores, que sueñan con lo óptimo, que se saben dignas de cosas excelsas. O, más exactamente, es magnánimo quien aspira a lo que es grande en las cosas. Su objeto principal, su objeto por excelencia, es lo más grande. Por debajo de ese objeto principal, tiene objetos secundarios: las otras cosas grandes.

¿Qué es lo que se encubre en ese objeto anhelado, qué es lo que el magnánimo busca en el fondo? Aristóteles contesta sin vacilar: *el honor*. En la "Ética" de Nicómaco, las "cosas grandes" se refieren a los bienes exteriores, y el más grande de ellos es el honor, puesto que es el bien ofrecido a los dioses, el bien que acompaña a las más altas dignidades, el bien que recompensa las acciones nobles. Es el honor un bien exterior, el mayor de todos ellos, que responde y se debe a la excelencia interior. El magnánimo está por encima tanto de los aduladores como de los que lo desprecian sin razón. No le importa que el honor provenga de uno o de muchos: le interesa más la opinión aislada de un solo individuo que sea realmente de bien, que lo que piensa la multitud".⁽²⁾

(1) "Teología de la perfección cristiana". Rvdo. P. Royo Marín. Pág. 591.

(2) "Siete virtudes olvidadas" Editorial Gladius. Rev. Padre Alfredo Sáenz. Pág. 80.

El honor, el ser homenajeado, distinguido y honrado según nuestra dignidad, es el mayor bien de un hombre, por encima de la riqueza y del poder. Es por eso que el hombre magnánimo mira con mucho respeto al honor, porque sabe que es lo máximo que se le puede tributar a las personas y a las instituciones, como recompensa de lo que han dado.

El honor puede y debe buscarse y darse legítimamente, (mediante gestos, manifestaciones y privilegios, como ceder el mejor asiento o inclinarse ante el paso de alguien o ponerse de pie en su presencia). Pero puesto que toda dignidad viene de Dios, debe siempre estar referida a Él para que no se desordene.

Según Santo Tomás, el magnánimo busca el honor por tres motivos: para sí mismo (para su buen nombre y prestigio lo cual es lícito) y porque le gusta que se sepa. Para el prójimo (dirigido a una institución, desde un colegio, un club o una ciudad) y para Dios (defendiendo el honor de Su Iglesia y evangelizando almas que Le tributarán la mayor gloria). Los honores, como las riquezas, son muy peligrosos si uno pierde su objetivo.

Se debe honrar a Dios, (por ser el Creador del universo y de nuestras propias vidas), a la Patria, (por ser la tierra de nuestros padres), a los símbolos patrios como la bandera, el himno o la escarapela (por lo que representan), a los sacerdotes y consagrados, (por ser los legítimos representantes de Dios en la Tierra), a los padres, (por ser quienes nos dieron la vida, la educación y el afecto), al valor moral, (de quienes han pagado un alto precio para mantenerlo), a los mayores, (por su supuesta sabiduría y experiencia), a las personas con mayor talento intelectual o artístico, (si lo han puesto al servicio del Bien Común), e incluso a los ricos y poderosos, (si han puesto sus medios al servicio de las personas generando trabajo y estabilidad).

Las personas investidas de un cargo importante en la sociedad, (Obispos, superiores de las comunidades, religiosos, Presidentes, ministros, embajadores, etc), debieran ser dignas del honor que dicho cargo conlleva, para que naturalmente se lo rindamos sin que nos genere violencia, pero no siempre es así, y menos en una sociedad desordenada, convulsionada y revolucionaria como la nuestra.

La magnanimidad necesita de tres ingredientes: *confianza* (en que podrá, con la ayuda de Dios y sus talentos recibidos) llevar a cabo su misión, *seguridad* y *bienes de fortuna* (que, si bien no son indispensables, sabemos y es evidente

que mucho ayudan a realizar las grandes obras). Se puede ser magnánimo en la pobreza, pero sabemos que los bienes, el poder y las amistades permiten trabajar y consolidar mejor los buenos emprendimientos. La Iglesia siempre lo entendió así, de ahí que considerara muy importante (y hasta prioritario) la conversión de los reyes y los poderosos, porque sabía que ello generaría mayor irradiación de Bien (y con mayor rapidez) en la sociedad. Así lo demuestra la historia con la conversión del emperador romano Constantino I y su edicto de Milán en 313 de nuestra era, lo que puso fin a la persecución de los cristianos, devolviéndoles sus propiedades confiscadas y permitiendo la difusión del cristianismo en el imperio romano. Igual trascendencia fue la del bautismo de Clodoveo (el rey de los francos) y sus soldados la noche de Navidad del año 496, dando nacimiento a la Francia cristiana, llamada por ese hecho la "Hija primogénita de la Iglesia", y tantos otros ejemplos más.

Esta *vocación de grandeza* ha sido una constante en la historia humana. *Esta fascinante atracción ha convocado a los mejores hombres, a las almas más nobles y generosas ante su llamado.* Desde un San Francisco de Asís, (que fundó una orden para demostrar que debíamos vivir colgados de la Providencia y no de la seguridad de los bienes temporales), al emperador Carlos V convocando al Concilio de Trento frente a la convulsión de la Reforma, a un San Ignacio de Loyola, (que fundó un ejército de evangelización para combatir a la Reforma protestante y que tenía siempre presente como meta a alcanzar como lema de su Compañía "A la Mayor Gloria de Dios"), a un Cristóbal Colón que desplegó sus velas hacia el nuevo mundo bajo el amparo de los Reyes Católicos, o un Don Bosco tratando de recoger a todos los chicos de la calle de Torino (para sacarlos del vicio y educarlos en la fe cristiana). *Todos y cada uno han tenido un ideal altísimo que han clavado como bandera para batallar y defender en sus vidas.*

La bandera más alta y la empresa más mayor la puso Nuestro Señor Jesucristo, cuando ante sus doce apóstoles que enfrentaban el mundo pagano, (y sus consecuencias), les ordenó: "Id, pues, y enseñad, haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y el Espíritu Santo".

El Medioevo presentó al caballero cristiano con las figuras de Carlomagno o del Cid como los hombres que encarnan la magnanimidad por excelencia, lis-

tos a combatir por la defensa y la extensión de la Cristiandad. *La caballería era todo un estilo de vida, cuya virtud distintiva era el honor, pero no el propio, sino la causa emprendida.*

Los apóstoles, los santos, los fundadores de las grandes órdenes de la Iglesia, (que tantísimo bien han hecho), los misioneros, (que enfrentaron los peligros de la selva y de los indios salvajes), soportando toda clase de penurias y soledades. Los reyes santos que generó la monarquía católica empeñados en darle a sus pueblos un orden social justo, (como el rey San Luis, sentado codo a codo con Santo Tomás para redactar las leyes de Francia). Los soldados, (dispuestos a morir en defensa de la Patria). Los científicos, (que para el bien de la humanidad pasan sus vidas en la soledad de los húmedos y fríos laboratorios y las penurias económicas que generalmente los acompañan). Los intelectuales, maestros y profesores que dedican años de su vida para transmitir conocimientos a otros, (contribuyendo a difundir el esplendor de la Verdad). Los bomberos, (que arriesgan su vida al precio de morir quemados para salvar la vida de otros), *son todos ejemplos de almas magnánimas.* Almas que, en su momento, y después, durante la perseverancia a través de los años, no dudaron en dejarlo todo para *responder a una gran vocación, a un gran llamado.* Ni amenazas, ni castigos, ni peligros, les impidieron llevar adelante la misión que habían emprendido en su momento.

“Más importante que lo que se hace, es el cómo se lo hace. Se puede pelar papas con espíritu magnánimo y construir catedrales con espíritu mezquino... No hay cosas pequeñas. Sólo hay una manera pequeña de hacer las cosas. Se necesita grandeza de corazón para hacer las cosas pequeñas con un gran amor, hacer lo ordinario, sí, pero de manera extraordinaria”⁽³⁾. De acá deducimos que todas las vocaciones de servicio (médicos, enfermeros, bomberos, soldados, maestros, profesores, religiosos etc) tienden a generar almas magnánimas.

A primera vista parecería que el magnánimo es un soberbio y que el pusilánime es humilde, pero no es así. *La magnanimidad implica mucha humildad.* Humildad de “andar en verdad” como decía Santa Teresa. Así como la magnanimidad impulsa el espíritu a las cosas grandes, la humildad vacía al hombre de sí mismo. De lo contrario, correremos peligro de caer en los vicios

que se oponen a la magnanimidad que son: *la presunción, la ambición y la vanagloria* (por exceso) y *la pusilanimidad* (por defecto).

La presunción, que es cuando, desconociendo nuestras posibilidades, y sin contar con la ayuda divina, nos creemos capaces de emprender solos empresas enormes, (como evangelizar el mundo o ponerlo en orden nosotros solos con nuestros propios medios). Es muy bueno y noble tener grandes ideales y aspiraciones, pero no pretender hacerlo sin ayuda de Dios, (como lo sería tratar de convertir a las personas y revertir corazones), con nuestros solos elementos humanos. Los presuntuosos o vanidosos tienen grandes pretensiones pero, como ni se conocen a sí mismos, ni confían en la ayuda de Dios, (porque no quiere compartir honores), terminan haciendo el ridículo.

La ambición desmedida es el deseo desordenado del honor buscado en las cosas materiales, (como un cargo, una posición social, o una enorme fortuna). Ambicionamos la gloria para nosotros mismos y no para Dios. La ambición desmedida siempre tiene un precio y se opone al lícito y sano deseo de superarse y mejorar nuestra posición cultural, social o económica para el bien de los nuestros.

La vanagloria, con sus hijas *la jactancia*, (con la cual el vanidoso exalta de continuo su propia excelencia), el *afán de novedades*, (que tanto nos atrae), *la hipocresía, la tendencia a las peleas inútiles*, (ya que el magnánimo solo pelea por temas grandes), *la torpezuz en el propio juicio* etc.

La pusilanimidad, (por defecto), que es el vicio que se opone mas frontalmente a la magnanimidad, es cuando teniendo condiciones para grandes empresas, (como podría ser fundar un colegio para gloria de Dios y el bien de los hombres), nos consideramos incapaces y no lo hacemos por una falta de confianza en nosotros mismos o una humildad mal entendida. El pusilánime es digno y tiene capacidad de hacer grandes cosas pero, como ni se conoce, y prescinde de la ayuda de Dios, tampoco las hace y no hace fructificar los talentos que Dios le dio. Priva de este modo en contribuir con los demás hombres con los talentos que, para el bien de todos, Dios le había otorgado.

“En esta época tan ardua en que nos toca vivir, por una insondable disposición de la Divina Providencia, no es difícil que el temor, el desánimo, la cobardía, se apoderen de nosotros. El alma se estrecha, el espíritu se mezquina, perdiéndose el coraje requerido para enfrentar los grandes desafíos de nuestro

⁽³⁾“Siete virtudes olvidadas” Editorial Gladius. Rev. Padre Alfredo Sáenz. Pág. 79.

tiempo. Pío XII hablaba del "*cansancio de los buenos*". Hoy podríamos hablar de la "pusilanimidad de los buenos". Por esto se hace más necesario que nunca ahondar en el contenido de esta hermosa como preterida virtud de la magnanimidad".⁽⁴⁾

"Tales son los hombres que los tiempos recios de hoy parecieran requerir, hombres *del más*, que deberán ser también, ya al mismo tiempo, hombres humildes, conscientes de su pequeñez, vaciados de sí, que hagan suya la expresión del Apóstol: "*Sé en quién me he confiado*". (2 Tm 1:12)⁽⁵⁾

"El magnánimo moderno deberá tener la grandeza de mantener los principios, renunciando a la gloria, no por menosprecio o por indiferencia, sino simplemente porque de hecho contará tan sólo con la estima de un puñado de algunos que, como él, se esfuerzan por practicar el retorno a las raíces de la cultura y de la fe, y que saben que las grandes cosas comenzaron por ser pequeñas. No recibirá, por cierto, la gloria de los hombres, pero indudablemente la recibirá de Dios, y con creces".⁽⁶⁾

⁽⁴⁾"Siete virtudes olvidadas" Editorial Gladius. Rev. Padre Alfredo Sáenz. Pág. 89.

⁽⁵⁾"Siete virtudes olvidadas" Editorial Gladius. Rev. Padre Alfredo Sáenz. Pág. 127.

⁽⁶⁾"Siete virtudes olvidadas" Editorial Gladius. Rev. Padre Alfredo Sáenz. Pág. 129.